

**Antonio Santos. *Barataria, la imaginada. El ideal utópico de don Quijote y Sancho*. Santander: Centro de Estudios Cervantinos/Universidad de Cantabria, 2008, 267 pp.**

Especialista en Historia del Arte, Antonio Santos ha sido bibliotecario y ahora es profesor de la Universidad de Cantabria. Aunque sus orientaciones investigadoras se dirigen hacia el cine japonés y policiaco, ofrece este estudio sobre la visión utópica en el Quijote que no es, por otro lado, su primera incursión en el cervantismo ya que publicó en 2006 *El sueño imposible: aventuras cinematográficas de don Quijote y Sancho*. Divide su materia en dos bloques bien diferenciados: el que se refiere al hidalgo se titula «Don Quijote y el idilio utópico» y el que desarrolla detalladamente el episodio de Sancho como gobernador de la Ínsula Barataria, «Sancho Panza o los pesares de la utopía».

Con un propósito entre lo divulgativo y lo académico, debido a que no hace excesivo uso de la anotación y de la explicación erudita, Antonio Santos pretende mostrar las relaciones de don Quijote con los lugares de la ficción cervantinos utópicos, esto es, la cueva de Montesinos, el barco encantado del Ebro y el viaje imaginario sobre Clavileño, aparte del evidente de Barataria que atañe a Sancho Panza. Estos espacios utópicos en lo que respecta al caballero son, según Santos, fingidos o ilusorios ya que la visión de la cueva forma parte de un sueño, el barco se transforma en encantado por la mente trastornada de don Quijote y la aventura de Clavileño es una burla de los duques. Todos ellos suponen las pruebas que desembocan en la utopía carnavalesca de Barataria.

En el prólogo que antecede al cuerpo del texto, el profesor Santos pretende contextualizar el asunto, por lo que hace mención a la inexistencia del término «utopía» en la obra de Cervantes, que compara con el de «república bien ordenada», que sí es de raíz cervantina. La utopía, según los precedentes platónicos y la visión de Tomás Moro del siglo XVI, trata de la constitución de la sociedad perfecta en un contexto urbano de proyección futura. No obstante, la mirada de Cervantes, se dirige hacia atrás, hacia los orígenes antiguos del Paraíso, del Edén, de la mítica Edad de Oro. La sociedad perfecta es campestre, cuyo prototipo podría ser la aldea, pero nunca la ciudad. Por tanto, la visión cervantina no es realmente utópica.

En relación con la primera parte, la titulada «Don Quijote y el idilio utópico», recorre en pequeños capítulos, a veces difícilmente vinculados, algunos patrones utópicos en la novela cervantina, recurriendo a conceptos como las cuatro edades. De estas, Cervantes se refiere a la Edad de Oro como «paraíso soñado por don Quijote», en palabras de Antonio Santos, de aquí se derivan sus aspiraciones pastoriles, no solo al final de la obra, sino en la historia de Marcela y en el discurso a los cabreros.

De los tres episodios que suponen pruebas iniciáticas, el primero es la cueva de Montesinos, que consiste en un prado maravilloso; Antonio Santos medita entonces sobre la locura y sus modos de manifestarse. El segundo consiste en la travesía por el Ebro que, según Santos, pese a ser circular porque vuelve al punto de partida, conlleva un fracaso y convierte el encuentro con la duquesa en la inserción de nuevo en otro paraíso pastoril. Ambos lances se unen en la mente de

don Quijote en un recuerdo de paraíso bucólico, como señala el crítico. El tercero, por último, se trata del vuelo en Clavileño. En estos tres «viajes» se relaciona con los cuatro elementos: «Don Quijote había descendido a las entrañas de la tierra, como más adelante hará Sancho; ambos han surcado, en un barco que creen encantado, mares fabulosos. Ahora, a lomos de Clavileño, recorrerán las regiones del aire y del fuego, ultimando de este modo su recorrido cósmico» (p. 83).

En el segundo bloque de la obra, el más interesante y el verdadero núcleo del estudio, el profesor Santos entra de lleno en la cuestión que le ocupa: el espacio como forma de utopía según el sentido clásico. Esta parte presenta mayor consistencia y unidad temática. Se fundamenta en la costumbre de nombrar gobernadores a los escuderos, tal y como señalan los libros de caballerías. La utopía en Barataria es un engaño evidente, la *insula* no es tal, pero la sola elección del término se remonta al uso del latinismo para nombrar geografías imaginarias, lugares fabulosos relacionados con la conquista de América y los relatos caballerescos. Por tanto, el espacio es utópico no solo desde el Renacimiento, sino que se vincula con lugares fantásticos a lo largo de la historia, presentando una plurisignificación muy rica (apunta Santos que en latín aporta la acepción de «cualquier lugar acotado y aislado» p. 99). El crítico se acerca a la cultura helénica, engendradora en un archipiélago de tres mil islas, consideradas el espacio mítico, simbólico, por excelencia, pero también un refugio o la ubicación de alguna prueba del héroe. Estos sentidos del paraíso insular desembocaron en otros más mundanos, plagados de referencias a la glotonería y al desenfreno sexual, como la isla de Jauja o el país de Cucaña.

Tras el paseo por terrenos insulares utópicos y ucrónicos –término relacionado íntimamente con el primero, y citado a lo largo del trabajo– el profesor Santos vuelve al que le ocupa, Barataria, muy semejante al reino descrito por Tomás Moro, Utopía, examinándolo siempre como una farsa, como una ilusión basada en un engaño y, por consiguiente, dentro del orbe de la utopía.

Analiza los diez capítulos que componen el lance desde diferentes perspectivas y en relación a diferentes aspectos: la estructura externa e interna, la técnica literaria (*amplificatio* y *digresio* y entrelazado), los consejos de don Quijote, las intenciones del Duque, etc.

Merecen especial atención los incisos epistolares. Santos, como en otras argumentaciones, las relaciona con sus fuentes literarias, caballerescas en este caso. El crítico agrupa las cartas de la segunda parte y, en especial, las relacionadas con Barataria.

Otros dos de los puntos a los que dedica especial atención consisten en averiguar los antecedentes literarios de la figura de Sancho Panza, campesino tonto y discreto, y su relación socioliteraria con el Carnaval. La primera se basa en la literatura picaresca, los entremeses de Lope de Rueda y Lope de Vega, además de en las piezas teatrales del propio Cervantes. La segunda recorre la historia de los tiempos de Carnestolendas para centrarse a continuación en cómo se aprecia la farsa carnavalesca en el episodio de Barataria, desviándose acaso del tema principal, ya que estudia al personaje de Sancho como producto de esa época festiva, además de como repartidor de justicia.

No obstante, entronca de nuevo con el asunto principal a través del concepto de Jauja como paraíso de la glotonería. Así, Santos analiza la primera prueba, farsa para sus burladores y utopía paradisiaca para el escudero. La segunda prueba, consistente en la ronda nocturna por la aldea, reviste rasgos carnavalescos por el travestismo de la muchacha y su hermano que encuentran al final. El propio narrador relaciona la última prueba –su función específica como promulgador de las constituciones de gobernador– con Licurgo, «inspirador de utopías ambivalentes, como la República platónica» (p. 236).

De un modo simbólico, el profesor Santos remata su argumentación con la descripción que recorre el final del sueño sanchesco: compuesto de siete días, revela su fracaso como gobernador, a pesar de su intachable sentido de la justicia, el triunfo de la burla y el engaño. No obstante, la conclusión del crítico se resuelve en sentido positivo: la quimera y el ensueño vencen a la realidad.

ALEXIA DOTRAS BRAVO  
UNIVERSIDADE DE COIMBRA